

Martí una muerte de novela

Dulce María Sotolongo Carrington

En 2005 tuve la oportunidad de publicar por Ediciones Extramuros, en coautoría con Georgina Pérez Palmés, el libro de ensayo *De la letra a la vida*, volumen que surgió tras varios años de pesquisas en la narrativa cubana, y que nos permitió analizar cómo y con qué frecuencia eran abordadas las figuras de José Martí y Máximo Gómez. Justo ahora, cuando se cumple otro aniversario de la muerte del Apóstol, creo oportuno volver sobre el tema.

La muerte de Martí se refleja en nuestras letras desde 1895, cuando Raimundo Cabrera y Bosch en *Episodios de la guerra. Mi vida en la manigua*, se acerca a las vivencias de los mambises en la Guerra de los Diez Años utilizando un estilo testimonial, e inicia su historia con el pérdida del Héroe Nacional. Resulta interesante la forma en la que este autor describe el hecho tomando como inicio la posición y las visiones políticas de dos personajes: el padre, miembro del Partido Integrista; el hijo, simpatizante de la gesta libertaria.

—¿Lo ves? ese es el fin que tienen esos malvados. Han matado a Martí en Dos Ríos. Tomé trémulo el papel y leí la fatal noticia.
—Es una gran desgracia, balbucí...
—¡Calla atrevido!, replicó furioso mi padre. Traer la perturbación al país, renegar de España que es una madre cariñosa y venir a morir oscuramente en la manigua, no es heroísmo, sino una maldad y solemne tontería.¹

Esta obra idealiza la vida en la manigua, sin embargo, el fallecimiento de Martí es contado sin maniqueísmo. El texto muestra, explícitamente, la repercusión que tuvo el mismo para los integrantes de ambos bandos. Es probable que *Episodios de la guerra...* sea el primer libro en recoger el acontecimiento, lo cual lo convierte en un valioso aporte de la literatura de campaña.

En 1901 vio la luz *Martí, novela histórica*, bajo el seudónimo de Un patriota. Desde las primeras páginas se describe al Poeta como un ser superior; si bien es cierto que los comentarios del autor lastran la caracterización humana, esta podría ser mucho más rica si se tiene en cuenta a: un joven valiente, expuesto a situaciones límites. El libro posee pocos valores literarios, pero es ambicioso y recoge, de manera sintética, los principales eventos en la vida del héroe. La novela termina justo en la muerte del Apóstol, no obstante analiza —de forma progresista si pensamos en la época— lo que significó su pérdida.

Había caído para algunos el Apóstol, para otros el Maestro, para muchos el alma de la Revolución y para todos el héroe que con fe infinita había sabido inculcar en los corazones ardores para la lucha y la fe en el triunfo.²

Durante los primeros años de la república, el tema de la guerra no fue el preferido por nuestros escritores, otros, como la frustración republicana y los anhelos de una real independencia, ocuparon lugares cimeros en el quehacer literario.

Manuel Piedra Martell, uno de los cronistas de la guerra, aborda la pérdida del patriota en *Mis primeros 30 años* (1943); obra de obligada consulta cuando se habla de literatura de campaña. Este hecho cobra trascendental importancia, ya que el autor estuvo en Dos Ríos y llegó a ser ayudante de campo del general Antonio Maceo. Es destacable su valoración sobre lo acontecido: «Tal fue la acción de Dos Ríos: una escaramuza, un episodio insignificante en el gran drama de la guerra, si la muerte de Martí no le hubiese dado tan enorme trascendencia».

Y cuenta:

Contaba Martí al tiempo de morir poco más de cuarenta años, pues había nacido el 28 de enero de 1853. Era de mediana estatura y delgado. La estructura de su cuerpo, su estrecho tórax y cierta visible flacidez denotaban una naturaleza poco robusta, cuyo desarrollo no había sido estimulado por ejercicios corporales; en cambio, su fisonomía acusaba al hombre de extraordinaria mentalidad. El perfil de su cara formaba un óvalo que hubiera sido perfecto sin una ligera sinuosidad de ambos lados, a la altura de las mandíbulas y lo un tanto escondido y corto del mentón; la boca de líneas correctas, cuyo labio superior adornaba un todavía oscuro bigote. Sus ojos pardos, sino grandes, no se hubiera podido decir tampoco que fueran pequeños, y eran de claro aunque melancólico mirar, su tez no lo hubiese confundido con un hombre de los climas del norte, pero era bastante blanca. La frente era el sello de su individualidad: una frente muy ancha, muy elevada, muy combada, diríase que por la preñez del pensamiento.³

La anterior descripción imbrica el recuerdo del Martí, que conoció Piedra Martell, al Martí héroe que se resalta en la frase subrayada.

Con el triunfo de la Revolución en 1959, se cumplen muchos de los postulados martianos, como el de «Ser cultos es el único modo de ser libres». Se produce, desde los primeros años, una gran transformación en la educación, la cual trae aparejada el estudio sistemático de la obra martiana para su mejor comprensión.

Uno de los escritores que retoma la caída del Héroe, es Lisandro Otero, quien en 1977 describe en su novela *En ciudad semejante*, un período crucial de la historia de Cuba (1951 al 1959). El capítulo titulado «El nacimiento de una nación», narra las muertes de importantes personalidades; una de estas viñetas la dedica a Martí.

El Delegado montaba en su corcel de batalla y le dijo a Ángel: ¡Vamos allá adelante!, y espoleó al animal y se lanzó en un galope profundo hacia el enemigo. De una descarga cerrada le tocaron tres balas en el cuello, en el muslo y en el centro del pecho que le partió el esternón. Había extraído su revolver de pequeño de cachas de nácar y cayó empuñándolo y ya no era aquel venado erguido y hermoso sino el yerto despojo que provocó el griterío del enemigo al caer a dos metros de sus líneas. 4

«Hermoso y erguido como un venado», bella imagen poética que nos hace pensar en la frase martiana: «Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria».

Lisandro relata también lo que hicieron los españoles con el cadáver:

Por la tarde lo amarraron a un burro y emprendieron la marcha mientras el cielo se cerraba y a hora y media de camino rompió una gran tempestad que convirtió las veredas en arroyos. La tropa no podía avanzar se decidió hacer alto y desataron el cadáver que cayó sobre el fango. Se le puso una guardia y allí permaneció toda la noche. Al día siguiente se reanudó la marcha hasta Remanganagua y se le enterró en el cementerio. 5

Pero además cuenta, cómo a los tres días de ser enterrado se dio la orden de exhumar el cadáver y se le hizo un examen superficial. El autor es sumamente detallista, así lo demuestra su descripción al referirse a los apuntes del médico que reconoció el cuerpo:

No dejó nota sobre las perturbaciones gástricas y cardíacas que padecía el Delegado, ni sobre las crisis nerviosas de exaltación y depresión, ni sobre la fistula inguinal que nunca se le cerraba, ni sobre el tumor en el testículo operado sin resultados una y otra vez, ni sobre la anemia, ni de la tuberculosis crónica que padecía. Porque así era el Delegado, un hombre pobre y enfermo, que vivía gracias a la energía debida a una inmensa y obsesiva tarea. Comía poco y dormía menos. Escribía, deliraba y organizaba...6

El autor, desde la óptica de su tiempo, no puede evitar juzgar a Martí, y aprovecha la posibilidad que le facilita el conocimiento de una verdad histórica. Es obvio que, para enjuiciar, tuvo que profundizar en sus estudios o acercarse alguna fuente capaz de permitirle —en aquellos momentos que tan poco se conocía sobre las enfermedades del Apóstol— detallar las dolencias o padecimientos. Su gran mérito es haber hecho literatura a partir del detalle. El texto es naturalista al realzar los males.

Joel James, cronista de los nuevos tiempos, publica en 1979 *Los testigos y otros cuentos*, en el que aparece un relato titulado «Días de mayo». La narración se inicia con la descripción del momento en que van a desenterrar el cadáver de un hombre cuya identidad se desconoce:

...como de 48 años, carácter bilioso, mediana estatura, notables entradas, ausencia de un incisivo en el lado superior derecho, señales de grilletes.

[...]

Una bala en el muslo, del lado interior, otra en el puño del esternón; la tercera de entrada en el cuello, bajo la barba, saliendo por el costado del labio, claro, destrozado.7

En lo que pudiera considerarse la primera parte del cuento, el autor no identifica el cuerpo, más bien describe la exhumación como un hecho normal. Son los restos de un hombre que lleva cuatro días enterrado y apesta igual que cualquier otro. Desde de la cita anterior se ofrecen otras informaciones al lector que ayudan a caracterizar al fallecido.

Al tornar a Gómez en el protagonista, James exalta —en el segundo segmento—, lo que significó la desaparición física de Martí para el Generalísimo.

La muerte del Apóstol parece ser también un asunto preferido para Arturo Arango en su cuento «Diario de campaña», quizás por ello destaca la ordenanza de Gómez: «Y usted, retírese, que

este no es su lugar». [...] «El General Martí no se mueve, está sobre su caballo blanco estremecido por el fuego. Los plomos siguen cayendo sin sentido y el General Martí desenfunda su pistola y dispara hacia delante, hacia el vacío y el humo».

Y continúa:

El General Martí se adelanta, ordena al muchacho que ha quedado junto a él que lo siga. En la esquina del bohío abandonado se parapeta el bandera español, y el General Martí, lo ve, solo, espantando a golpes de mástil el humo que lo ahoga. “Vamos”, dice el General Martí al muchacho que lo sigue, y entra al claro con el brazo armado en alto.

La escena es plástica. La muerte se identifica con el caballo sin su preciada carga. «...el soldado ve que un caballo blanco y sin jinete, con el flanco ensangrentado, corre tras ellos en dirección al río».10 El escritor, sin melodramas, informa que ha muerto José Martí.

La última palabra del delegado, de Reinaldo Montero, es una exquisita obra con un enfoque diferente a la hora de caracterizar a Martí, cuya figura aparece estrechamente vinculada a la de Gómez. Esta novela, poco estudiada y divulgada, merece ser reeditada a pesar de su extensión, pues permite adentrarnos en la Historia, enjuiciarla desde una postura personal, y llegar, a partir de la psicología de los personajes y un cuidadoso uso del lenguaje, no solo al héroe, sino más bien al hombre.

Han pasado muchos tiempo desde la caída de Martí y aún sigue siendo su deceso motivo de conjeturas. Algunos ven su muerte como un suicidio, como una acción incomprensible. En mi novela *No me hables del cielo*, publicada por Letras Cubanas, en el 2014, lo vi como una gran imagen, la sumatoria de muchos momentos anunciados en su obra desde la más temprana juventud. Murió de cara al sol, como mueren los valientes y verlo de otra manera es una gran traición. No obstante, los escritores cubanos abrieron una senda en la que todavía hay mucho camino por andar.

Notas

1. Raimundo Cabrera. *Episodios de la guerra. Mi vida en la manigua*, p.7.
2. Un patriota (seudónimo). *Martí. novela histórica*, p.152.
3. Manuel Piedra Martell. *Mis primeros 30 años*, pp.57- 58.
4. Lisandro Otero. *En ciudad semejante*, p.54.
5. Lisandro Otero. *Op cit.*,54.
6. Lisandro Otero. *Op. cit.*,p.55.
7. Joel James. «Días de mayo». En: *Los testigos y otros cuentos*, p. 104 -105.

